

JOVEN ¿QUÉ VAS A HACER CON TU VIDA?

SEGUNDA PARTE



*¿Rostro de niño?
¿Rostro de Dios?*

LA RESPUESTA AL LLAMADO

“vete a la tierra que yo te indicaré”

1. Aceptar y vivir la vocación cristiana



De múltiples formas Dios se ha acercado a nuestra vida y ha querido estar en ella.

“Mira, yo estoy llamando a la puerta; si alguien oye mi voz y abre la puerta, entrare en su casa y cenaremos juntos” (Ap. 3,20).

Cenar juntos es entrar en familia, en intimidad. Pero Dios respeta nuestra libertad y condiciona su ingreso a nuestra aceptación. Porque el amor no se impone se conquista, Dios no actúa como un enamorado que nos quiere seducir.

“Me sedujiste Señor, y yo me deje seducir por ti” (Jr. 20.7)

Si le abrimos la puerta y entra en la intimidad de nuestra vida, se convierte en el interlocutor cercano a un diálogo afectuoso y exigente. Iniciamos una relación afectiva con El, cuando aceptamos su amor. Entonces empezamos a ser sus hijos y a vivir su vida

“Miren cuanto nos ama Dios, el Padre, que se nos ‘puede llamar hijos de Dios y lo somos” (1Jn. 3,1). “Hemos llegado a saber y creer que Dios no ama. Dios es amor y el que vive en el amor, vive en Dios y Dios en él” (Jn. 14,16).

Esta relación afectiva crece y se hace más intensa con la comunicación, con el dialogo con Dios, con la oración y con el conocimiento y meditación del Evangelio. Aceptar el amor de Dios en nuestra vida es estar abiertos a la acción de su Espíritu, que nos hace oír la palabra del Padre y despierta en nosotros la respuesta a su acción amorosa.

Nuestra respuesta el amor de Dios, nos llevará a profundizar en la persona de Jesús en interiorizar en su manera de ser, como cuando nos contagiamos del modo de proceder de un amigo y terminamos asemejándonos a él, “unidos a Cristo y revestidos de Él” (Ga 3,27) “teniendo su misma manera de pensar” (Fil 2,5), de vivir, de amar y de servir.

Nuestra amistad con Dios, como la amistad humana, se expresa con símbolos externos, que en este caso son los sacramentos. La confirmación es el momento en que aceptamos conscientemente nuestra vida de hijos de Dios y afirmamos libremente nuestra opción por Cristo,

asumida en nuestros nombres por nuestros padrinos en el bautismo.

La Eucaristía es el sacramento por excelencia. En él no solo celebramos nuestra muerte y resurrección con Cristo (Rm. 6,8.11), sino que, además, expresamos nuestra progresiva identificación con él: “el que come mi carne y bebe mi sangre habita en mí y Yo en él” (Jn. 5,56).

Como en la amistad humana, la reconciliación os acerca más a quien hemos ofendido y nos hace crecer, cuando confesamos nuestros pecados y pedimos perdón a la Señor por ellos, ya que ama más aquel a quien mucho se le perdona (Cfr. Lc 7, 42-43).

Nuestra respuesta nos llevará a vivir en comunidad esta relación afectiva, al estilo de las primeras comunidades cristianas, compartiendo los bienes, orando en común , profundizando en la Palabra de Dios, celebrando la Eucaristía, expresando la fe en diversas celebraciones litúrgicas y atrayendo a muchos, con el testimonio y la acción apostólica, a vivir también esta relación con el Señor.

“Los que habían creído estaban muy unidos y compartían sus bienes entre sí. Todos los días se reunían en el templo, y en las casas partían el pan y comían juntos con alegría y sencillez de corazón. Alababan a Dios y eran estimados por todos; y cada día el Señor añadía a la comunidad a los que iban siendo salvos” (Hch. 2, 44-47).

2. Amar a Dios sobre todas las cosas



La vocación cristiana es una vocación de amor, es un llamamiento a responder con amor el amor de Dios, como el joven y el adulto, cuando aman devuelven el amor que recibieron de sus padres cuando niños.

“En esto consiste el amor: no en que nosotros hayamos amado a Dios, sino que Él no amó a nosotros y envió a su hijo para salvar el mundo. Nosotros amamos porque él no amó primero” (1Jn. 4, 10.14.19)

El amor es mucho más exigente que cualquier obligación, peor no exige imponiendo sino conquistando y comprometiendo. Si aceptamos su amor, Dios nos exige aceptarlo a él como el único Dios, como el único absoluto, como el amor supremo.

“No habrá para ti otros dioses delante de ti” (Dt. 5,7).

“Amaras al Señor tu Dios con todo tu corazón, con toda tu alma y con todas tus fuerzas y con toda tu mente” (Lc 10,27).

Nos exige amor en todas las cosas en él, o a él en todas las cosas. Pero no admite que amemos a alguien o a algo antes que él. Es un Dios celoso” (Dt. 5,9).

“Si alguno viene a mí y no me ama más que a su padre, a su madre, a su esposa, a sus hijos, a sus hermanos y hermanas, y aun más que a sí mismos no puede ser mi discípulo” (Lc 14,26).

Para responder al amor de Dios no basta ser buenos y cumplir sus mandamientos. La joven rico, que quiere alcanzar la vida eterna y ha cumplido todos los mandamientos desde su juventud, Jesús lo mira con cariño y le pide que de sus bienes a los pobres y después lo siga. El joven se marcha entristecido porque tenía muchas riquezas y estaba apegado a ellas (Mc 10,17-22).

El Señor es un Dios celoso y nos exige destruir los ídolos con los que hemos querido sustituirlo: placeres, dinero, prestigio, poder. Nos exige rupturas y cambios en nuestra amistades, planes, actividades, afectos; vivir desprendidos de todos y conducirnos “como extranjeros de paso por este mundo” (1P 2,11).

Para responder al amor de Dios, para seguir a Cristo es necesario entonces morir con El a nuestros ídolos, para resucitar con El a una vida nueva” (Rm. 6,4), despojarnos “del hombre viejo con sus obras” (Col 3,9) y “revestirnos de Cristo” (Gal 3,27), hasta olvidarnos de nosotros mismos.

“Si alguno quiere ser mi discípulo, olvídense de sí mismo, cargue con su cruz y sígame” (Lc. 9,23).

Entonces responder la amor de Dios es vivir nuestra vocación cristiana, es realizar su plan de salvación, es centrar toda nuestra vida en Cristo, quien le da sentido a toda la cosas, es el hacer “que todo tenga a Cristo por cabeza, lo que está en los cielo y lo que está en la tierra” (Ef 1,10).

3. Aprender a amar al estilo de Jesús

El mandamiento fundamental del cristiano es así el mandamiento del amor, en cuyo cumplimiento Jesús es el modelo.

“Mi mandamiento es este: que se amen los unos a los otros como yo los he amado a ustedes” (Jn 15,12).



Y ¿Cómo nos ha amado Jesús? “Habiendo amado a los suyos que estaban en el mundo, los amo hasta el extremo” (Jn 13,1), “hecho obediente hasta la muerte de cruz” (Fil 2,8). Definitivamente no puede darnos más

manifestación de amor que el entregar su vida para que la vivamos nosotros abundantemente (Jn10, 10)

“el amor más grande que uno puede tener es dar la vida por sus amigos” (Jn 10, 10). Y ¿Quiénes son sus amigos? “Jesús acoge a los pecadores y come con ellos” (Lc15, 2), “porque no ha venido a llamar a los bueno, sino a los pecadores, para que se vuelvan a Dios” (Lc 5 ,32). Como el hijo rebelde es a veces el mas mimado y protegido, son los pecadores quienes merecen la mayor atención y dedicación, “porque EL es bueno con los ingratos y perversos” (Lc 6 ,35).

El amor de Jesús es entonces un amor gratuito. Nos sigue amando aunque no le respondamos, porque no necesita de nuestra respuesta, aunque nosotros si necesitamos de ella. Contradice nuestras expectativas. Según nuestros criterios el pecador solo merece condenación. Pero Jesús es el buen pastor que deja las noventa y nueve ovejas para buscar a la que se ha extraviado. Es el padre que hace fiesta cuando su hijo prodigo regresa a casa. “por qué en el cielo hay más alegría por un pecador que se convierte que por noventa y nueve justos que no necesitan conversión” (Lc. 15).

Jesús nos pide amar como el ama: gratuitamente. Nos pide que demos generosamente sin esperar recompensa, felices y gozosos en dar, encontrando nuestra “felicidad más en dar que en recibir” (Hch 20,35).

Nuestro amor a Dios se manifestará entonces en el amor a nuestros hermanos, especialmente a los más abandonados, aquellos que nada pueden dar.

“les aseguro que todo lo que hicieron por uno de estos hermanos míos más humildes, por mí mismo lo hicieron” (Mt. 25,40).

Todavía más, nos pide “amar a los enemigos y hacer bien y dar prestado sin recibir nada a cambio” (Lc 6,35).

“amen a los enemigos, hagan bien a los que los odian, bendigan a quienes los maldicen, oren por quienes los insultan” (Lc. 6,27-28).

4. Responder a Dios libre y amorosamente



En este ambiente afectivo de nuestra vocación cristiana nos preguntamos cuál es nuestra vocación específica, cuál es la misión, el proyecto de vida que el Señor tiene para cada uno de nosotros.

Si, como cristianos, nos hemos convertido a Cristo y hemos empezado a vivir su vida, estamos preparados para encontrar la voluntad de Dios sobre nuestra vida.

“No vivan según los criterios del tiempo presente; al contrario, cambien su manera de pensar, para que así cambie su manera de vivir y lleguen a conocer la voluntad de Dios, es decir, lo que es bueno, lo que es grato, lo que es perfecto” (Rm. 12,2).

Si nos mantenemos libres de toda esclavitud, de toda presión o condicionamiento exterior o interior, estamos listos para ser conducidos por el Espíritu de Dios a la realización de nuestra vocación específica.

“Para ser libres los liberó Cristo. Manténganse, pues, firmes en esa libertad y no se dejen oprimir nuevamente bajo el yugo de la esclavitud” (Gal 5,1), “para que vivan de una manera digna de la vocación con que han sido llamados” (Ef. 4,1).

El llamamiento de Dios es una invitación que espera una respuesta libre: “Si me abres”, “si quieres”. No busca esclavos sin amigos (Jn. 15,15). Quiere hombres libres, que le sirvan libremente, con una respuesta nacida del amor, no del temor o la obligación. Y de un amor gratuito que no espera recompensa, sino que se complace en agradar a Dios y responderle con amor a su amor, al estilo de Jesús que “ama al Padre y hace lo que Él le ha mandado” (Jn. 14, 31).

Para responder al Señor no basta entonces “hacer el bien y evitar el mal” (Sal 37,27), sino estar dispuestos a dejar gustosamente muchas cosas buenas, para agradar a Dios y realizar su voluntad, como estamos dispuestos a sacrificar muchas cosas buenas por agradar a un ser querido.

Para responder al llamamiento de Dios, para seguir a Jesús, se requiere entonces estar profundamente entusiasmados con El, listos para dejarlo todo e irnos con El, sabiendo que lo estamos arriesgando todo, aún la propia vida.

“Vayamos también nosotros a morir con El” (Jn 11,16).

“He escogido a ese hombre (Pablo)... Yo le mostraré lo mucho que tiene que sufrir por mi causa” (Hch 9, 15-16).

5. Descubrir los signos con que Dios nos habla

“Muchas veces y de muchos modos habló Dios en el pasado a nuestros padres por medio de los profetas en estos últimos tiempos nos ha hablado por medio de su Hijo” (Hbr. 1,1-2)



Cuando Jesús transitaba los caminos de este mundo, los hombres le podían consultar sobre la vocación. Sus apóstoles y discípulos escuchaban directamente de sus propios labios el deseo del Señor. Hoy Jesús resucitado sigue en medio de nosotros, pero ya no nos habla como lo hacía hace dos mil años, sino que lo hace por medio de signos, que podemos percibir e interpretar, gracias a la acción de su Espíritu, que habla en el fondo de nuestro corazón y a la orientación de los sucesores de los apóstoles, de los responsables de la Iglesia, que confirman o rectifican nuestra percepción de la voz interior del Espíritu.

El primer signo con que Jesús nos habla es nuestra propia *realidad personal*, cuando Dios nos confía una misión, nos da también la capacidad para realizarla.

“El Señor me llamó desde antes de que yo naciera; pronunció mi nombre cuando aún estaba yo en el seno de mi madre. Convirtió mi lengua en espada afilada me escondió bajo el amparo de su mano, me convirtió en una flecha aguda y me guardó en su aljaba” (Is. 49, 1-2).

Por eso es necesario revisar con profunda sinceridad nuestras cualidades y nuestros defectos, nuestras actitudes y valores, nuestros conflictos y frustraciones, nuestras conductas y comportamientos, para ver si corresponden a la vocación a la que creemos sentirnos llamados. Verificaremos así nuestra *aptitud* para ella.

En nuestra historia personal también el Señor va señalando el camino: la familia a que pertenecemos, la escuela y el colegio en que estudiamos, la parroquia a la cual hemos estado vinculados, los grupos de que formaremos parte, nos ofrecerán muchos signos de su paso por nuestra vida. El ambiente y medio social en que hemos crecido, las condiciones de vida en que estamos sujetos, las dificultades que encontramos, las ayudas que recibimos, las personas que entran en contacto con nosotros, los diversos acontecimientos que marcan nuestra vida en uno u otro sentido, nos darán indicaciones de lo que el Señor quiere de nosotros.

Cada vida humana es una vocación y cada vocación tiene su historia personal. Ninguna vocación es igual a otra. El Espíritu Santo tiene sus caminos, siempre nuevos en cada llamamiento.

A través de esa historia personal se han ido despertando necesidades e intereses, inclinaciones y afectos, tendencias y gustos, cuya evaluación nos permite descubrir cuáles con las *motivaciones* que guían nuestra vida. En ellas particularmente se escuchará la voz del Señor.

Pero además de la *realidad eclesial* y social también nos habla y nos invita a responder “a los problemas concretos de cada nación y región y a reflejar la unidad y variedad de funciones y servicios de ese cuerpo diversificado cuya cabeza es Cristo” (Puebla 863).

“América Latina, empeñada hoy en superar su situación de desarrollo e injusticia, tentada a ideologías

anticristianas y codiciada pro guías extremistas y centros de poder, necesita de personas conscientes de su dignidad y responsabilidad histórica y de cristianos celosos de su identidad que, de acuerdo con su compromiso, sean constructores de un mundo más justo, humano y habitable, que no se cierra en sí mismo, sino que se abre a Dios” (Puebla 864).

6. Interpretar los signos con que Dios nos habla



Para poder interpretar los signos con que Dios nos llama se requiere ante todo un conocimiento personal profundo, y para esto, desarrollar una seria capacidad de introspección, que nos permita valorarnos objetivamente en

nuestras potencialidades y limitaciones, en nuestras auténticas motivaciones.

Pero no basta hacer un inventario de nuestra personalidad para confrontarlo con una vocación concreta, la vocación no se tiene, se hace. Por consiguiente, si somos conscientes de las exigencias de una vocación, y no nos sentimos preparados, no

podemos decir que no estamos llamados a ella. Es necesario trabajar intensamente en nuestra preparación, poniendo a producir los talentos que le Señor nos dio (Mt 25, 14-30).

Dijo Moisés a Yahveh: «¡Por favor, Señor! Yo no he sido nunca hombre de palabra fácil, ni aun después de haber hablado tú con tu siervo; sino que soy torpe de boca y de lengua.» Le respondió Yahveh: «¿Quién ha dado al hombre la boca? ¿Quién hace al mudo y al sordo, al que ve y al ciego? ¿No soy yo, Yahveh? Así pues, vete, que yo estaré en tu boca y te enseñaré lo que debes decir» (Ex 4, 10-12).

Nuestras mismas motivaciones pueden ser en un principio *insuficientes o inadecuadas*, para la vocación a la que creemos sentirnos llamados. Pero podemos purificarlas y desarrollar las que sean válidas. Aún los apóstoles escogidos por Cristo tuvieron que seguir este proceso.

“Pero él, volviéndose, dijo a Pedro: «¡Quítate de mi vista, Satanás! ¡Escándalo eres para mí, porque tus pensamientos no son los de Dios, sino los de los hombres!” (Mt 16, 23). “Después de haber comido, dice Jesús a Simón Pedro: «Simón de Juan, ¿me amas más que éstos?» Le dice él: «Sí, Señor, tú sabes que te quiero.» Le dice Jesús: «Apacienta mis corderos» (Jn 21, 15).

Las experiencias grupales y la asesoría de padres, educadores y consejeros espirituales nos ayudan en este conocimiento personal. Así llegaremos a reconocer cómo somos, con qué contamos y de qué somos capaces. En la

realidad de nuestra vida descubriremos cuál es el llamado del Señor.

Igualmente para interpretar los signos con que Dios nos habla es necesario que nos hagamos *sensibles a la realidad* que nos rodea, al mundo en que vivimos, con sus valores y sus miserias, en el cual hemos de realizar la misión que el Señor nos confía.

Las necesidades y alegrías, los gozos y las esperanzas de los hombres de nuestra época, la realidad de opresión e injusticia que vivimos, serán una indicación concreta de los que el Señor quiere de nosotros.

Es necesario estar atentos a los acontecimientos de la vida diaria, entrar en contacto con los problemas sociales y eclesiales, analizar la realidad y leer en ella la acción y la palabra insistente del Señor. Nuestra acción apostólica descubrirá nuestra capacidad de darnos y nuestra potencialidad de servicio y nos descubrirá también la misión que el Señor tiene para cada uno de nosotros.

“Entonces Yahvé extendió su mano y me tocó la boca, diciéndome: «En este momento pongo mis palabras en tu boca. En este día te encargo los pueblos y las naciones: Arrancarás y derribarás, perderás y destruirás, edificarás y plantarás.»” (Jr 1, 9-10).

Como no somos muy objetivos en causa propia, es necesario contar con buenos asesores, que nos ayuden a descubrir e interpretar estos signos con los que el Señor nos señale el camino. Nos ayudarán a descubrir lo que viene de Dios y lo que proviene de nuestros caprichos,

apegos o subjetividades. Especialmente nos ayudarán a valorar si estamos preparados para tomar una decisión y nos indicarán muchas veces la conveniencia de esperar un tiempo y madurar más nuestra personalidad, humana y cristianamente.

7. Algunas claves de interpretación de los signos

ATRACCION CONSTANTE: Nuestra vocación particular, específica, se nos presenta no solo como admirable e importante, sino como atractiva para nosotros. Aunque se trate de un camino difícil y arriesgado, sin embargo nos sentimos hechos para él, sentimos que ese estilo de vida corresponde a nuestros deseos íntimos, tenemos la intuición de que, siguiéndolo, nos realizará plenamente, haremos la voluntad de Dios y cumpliremos nuestra misión en el mundo.



Para constatar si esta atracción viene de Dios es necesario darle *tiempo al tiempo*. Los entusiasmos pasajeros no constituyen una vocación auténtica. La acción del Espíritu es suave, sin premura, pero constante. La llamada del señor se sentirá una y otra vez con insistencia. Es una idea, un sentimiento que muchas veces tratamos de olvidar, de apartar de nosotros, sin lograrlo.

“...Por tercera vez llamó Yahveh a Samuel y él se levantó y se fue donde Elí diciendo: «Aquí estoy, porque me has llamado.» Comprendió entonces Elí que era Yahveh quien llamaba al niño, y dijo a Samuel: «Vete y acuéstate, y si te llaman, dirás: Habla, Yahveh, que tu siervo escucha.»” (ISam 3, 8-9)

INTENCIÓN RECTA: Todas las motivaciones que son inspiradas en nuestra vocación cristiana, en nuestra relación afectiva con Dios, en la realización de su plan de salvación, en el amor a nuestros hermanos más necesitados, en la liberación integral del hombre, en la formación de comunidad en el servicio a la iglesia, son intenciones rectas.



El querer servir al Señor y a la construcción de su Reino en la tierra, no contradice el querer ser felices y sentirnos realizados en la vida, si esta felicidad y esta realización la encontramos precisamente en el olvido de nosotros mismos, en la entrega a los demás, en el amor de Dios para contagiarlo a nuestros hermanos. Es la alegría de las “Bienaventuranzas” (Mt 5, 3-12). Los santos nos enseñan que la felicidad es el fruto de haber intentado responder al amor de Dios en el amor a nuestros hermanos.

Para descubrir si nuestras intenciones son rectas, primero tenemos que saber cuáles son las *verdaderas*

motivaciones a que responden nuestros actos. Si nos impulsan nuestros afectos desordenados, nuestros ídolos y lo queremos negar, nos engañamos a nosotros mismos y a los demás.

“La lámpara de tu cuerpo es tu ojo. Cuando tu ojo está sano, también todo tu cuerpo está luminoso; pero cuando está malo, también tu cuerpo está a oscuras” (Lc 11, 34)

DECISIÓN LIBRE:

La invitación del Señor es libre y nuestra respuesta ha de ser también libre, pero vivimos en un mundo que nos condiciona interior y exteriormente.



Verifiquemos entonces nuestra libertad de decisión, revisando las coacciones externas de la familia, los amigos, los educadores y asesores, que intervienen y presionan en pro o en contra de una opción vocacional. Tomemos distancia de estas coacciones para que nuestra decisión sea libre.

Verifiquemos igualmente en nuestro mundo interior las necesidades, temores, apegos, fobias, dependencias y rechazos que condicionan nuestras determinaciones.

Si somos libres, sentiremos que el Espíritu del Señor puede actuar en nosotros y llevarnos a donde quiera (Jn 3, 8).

“Porque el Señor es el Espíritu, y donde está el Espíritu del Señor, allí está la libertad” (2Cor 3, 17).

DECISIÓN FIRME: Una vocación auténtica es una vocación firme. Cuando Dios llama a alguien no lo abandona. Él es fiel (1Cor 1, 9). Dios no se contradice ni se vuelve atrás. No nos llama a una misión para quitárnosla enseguida.



“Lo que Dios da, no lo quita, ni retira tampoco su llamamiento” (Rm 11, 29).

Si Dios no juega con nosotros en la elección de nuestra misión, tampoco nuestra respuesta puede ser un juego, picando en una u otra opción sin sostener ninguna.

“Le dijo Jesús: «Nadie que pone la mano en el arado y mira hacia atrás es apto para el Reino de Dios.»” (Lc 9, 62).

Revisemos entonces la constancia de nuestras decisiones y no asumamos ninguna opción que no estemos

dispuestos a mantener, mientras veamos que es la voluntad del Señor.

La constancia en nuestras decisiones supone un permanente crecimiento en nuestra respuesta afectiva. La llamada de Dios no es un diploma que se puede colgar para siempre en la pared. Si no se alimenta se muere. La firmeza en nuestras decisiones se mostrará precisamente en los momentos de crisis, de conflicto, de lucha interior, cuando nos revelamos y quisiéramos escapar, como Jonás, a la llamada del Señor. Por eso necesitamos “tener fortaleza en el sufrimiento, para hacer la voluntad de Dios” (Hb 10, 36).

8. Buscar confirmación en nuestras opciones



Si hemos acertado en nuestra decisión, la primera voz de aprobación la sentiremos en nuestro interior; es la voz del Espíritu del Señor, que nos habla en el fondo del

corazón haciéndonos experimentar alegría, paz y satisfacción a raíz de la decisión tomada. Es sentir que es lo nuestro, que hemos encontrado la voluntad de Dios sobre nuestra vida, el camino para responder a su amor. Si buscamos sinceramente la voluntad del Señor, él nos hará sentir bien donde él nos quiere.

Esta voz interior deberá ser ratificada por quienes son los responsables de la Iglesia, los obispos, los superiores religiosos, los párrocos, quienes tienen autoridad para ello. *“No apaguen el Espíritu, no desprecien lo que dicen los profetas. Examínenlo todo y quédense con lo bueno (1Tes 5, 19-21).* De su misión *“deberán rendir cuentas a Dios” (Hb 13, 17).*

Concretarán esta aprobación con la bendición nupcial, la admisión a un Noviciado o Seminario, la ordenación diaconal o sacerdotal, el conferir otros ministerios, la aceptación de los votos de los religiosos, etc. *“Preguntó él: « ¿Quién eres tú, Señor?» Y él respondió: «Yo soy Jesús, a quien tú persigues. Ahora levántate y entra en la ciudad. Allí se te dirá lo que tienes que hacer»... Salió Ananías, entró en la casa y le impuso las manos diciendo: «Hermano Saulo, el Señor Jesús que se te apareció en el camino por donde venías, me ha enviado para que recobres la vista y quedes lleno del Espíritu Santo» (Hch 9, 6. 17)*

Si hemos aceptado el amor de Dios y hemos crecido en el, si nos hemos dejado liberar por Cristo de nuestras esclavitudes y nos hemos dejado conducir por el Espíritu Santo, no podemos equivocarnos en la búsqueda de nuestro proyecto de vida. Podemos errar en una elección

inmediata, pero la corregiremos si nos guía el amor, porque el auténtico amor no se equivoca. Ante el llamado del Señor estaremos entonces dispuestos a responder como Isaías: *“Aquí estoy yo, envíame a mí”* (Is 6, 8).